



SAN FRANCISCO: EL OTRO LADO DEL PARAISO

ES ya un lugar común escribir que San Francisco es la ciudad más bella del mundo. Pero como pienso que en materia de apreciaciones estéticas no se puede ser demasiado absolutista, me contentaré con opinar que San Francisco es, probablemente, una de las tres ciudades más bellas del mundo. Los españoles bautizaron al lugar con un elocuente Yerba Buena y dejaron, a lo largo de su inmensa bahía, un rosario de nombres que son hoy involuntario recuerdo de los tercios misioneros y aventureros de la hispánica cristianidad en los años dorados del Imperio: Buena Vista, Alameda, Sacramento, Tiburón, Sausalito (corrupción de Sauce), Bodega Bay (en donde Hitchcock rodó *Los pájaros*), Dolores, Guerrero, Valencia, Camino del Mar, Presidio... Se ha observado a veces que la colonización española no fue tan brutal con los indios como habría de serlo luego la anglosajona. Es cierto que los españoles no exterminaron físicamente a los indios, al modo del general Custer, pero no veo especial nobleza en la relativa tolerancia española, pues nuestros antepasados compatriotas recorrieron estas tierras buscando febrilmente montañas de oro o míticas fuentes de eterna juventud más que aspirando a ocupar o colonizar territorios, como habrían de hacer los más industriosos anglosajones. Es decir, que la colonización española resultó más primitiva e improductiva, y de este primitivismo derivó accidentalmente su tolerancia.

Tal vez por su clima benigno, su carácter marítimo y su herencia española, San Francisco ofrece ciertas sorprendentes calidades de ciudad mediterránea, aunque enriquecida por el aluvión cultural multirracial que es común a las grandes ciudades de este país. Abierta sobre el océano Pacífico, San Francisco ha sido, especialmente, la gran puerta de la emigración asiática, como Nueva York lo fue de la europea. El Chinatown de San Francisco es, junto con el de Manhattan, el más vasto del país, a mi juicio más vistoso que el de Nueva York e incluso más auténtico, si es que puede hablarse de autenticidad al juzgar los enclaves exóticos insertos en la batidora cultural norteamericana. Los nietos o bisnietos de aquellos chinos, autores anónimos del tendido ferroviario transcontinental y del canal de Panamá, son hoy burgueses con ciudadanía americana, y forman una clase media compacta, propietaria de restaurantes, lavanderías o negocios de bisutería. Esto explica sus escasas simpatías hacia la China de Mao, y durante el debate del año pasado en

ROMAN GUBERN

la ONU acerca de la admisión de la República Popular China, los chinos de Nueva York engalanaron sus calles con pancartas y «slogans» antimaoístas, a pesar de que el color rojo es el color dominante en su ciudadela. El grupo de manifestantes que apoyó, en cambio, el ingreso de China Popular era predominantemente de blancos jóvenes, de negros y portorriqueños. Pasear por la ciudad china de San Francisco vale la pena, entre otras cosas, porque nos trae al recuerdo una secuencia memorable que rodó aquí Orson Welles para *La dama de Shangai*.

Las referencias cinematográficas son en San Francisco continuas (¿quién no recuerda la persecución de coches de *Bullitt?*), y una de estas referencias es el famoso terremoto de 1906. El terremoto de abril de 1906 y el devastador incendio que le siguió sirvió para que parte de la ciudad fuera reconstruida enteramente, pero también sirvió para que W. S. Van Dyke lo colocase como fondo dramático para una historia de amor entre Clark Gable y Jeannette McDonald, cuando todavía era «la voz de oro de la pantalla», film importante por lo menos porque supuso la última contribución de D. W. Griffith, aunque contribución anónima, al arte cinematográfico. También Boston y Chicago padecieron devastadores incendios y engendraron conjuntamente la aguda pirofobia americana, origen de las obligatorias escaleras de incendio de sus edificios, que en las películas sirven siempre para fugas extravagantes, y de las bocas de agua en las aceras, de las que se suele decir que nunca funcionan, pero que en el tórrido verano neoyorquino sirven para que los niños se bañen semidesnudos en plena calzada.

El crecimiento y desarrollo urbano de San Francisco fue producto de la avalancha de buscadores de oro sobre California en 1848, un año después de que el primer alcalde de la ciudad, Washington Bartlett, cambiase su nombre de Yerba Buena por el actual, que siguió siendo un nombre castellano. Antes y después del famoso incendio San Francisco fue una ciudad de casas bajas, pero en los últimos años le han salido las inevitables macroexcrecencias urbanas, que comienzan a destrozar la coherencia del conjunto. Casas bajas significa limitación del espacio habitable, y por eso no debe sorprender que la población de esta cosmopolita ciudad no llegue a los 800.000 habitantes. Pero tal vez a esta limitación se deba la calidad humana y confortable de su vida urbana. A pesar de su relativa pequeñez, San Francisco posee un famosísimo teatro de ópera y goza de una

vida cultural muy activa, aunque haya que lamentar que las dos costas del país hayan centralizado y monopolizado la vida cultural norteamericana, contribuyendo a depauperar la creatividad de su vastísimo centro con una fosa irremediable. La cultura del Oeste es la llamada cultura joven, de la permisividad, de la droga, de la invención permanente y de otras cosas que relataré en mi próxima crónica desde Los Angeles. Pero hay muchos raseros para medir la cultura de un país. Cuando se han visitado varios museos importantes en Estados Unidos se acaba por tener la impresión de que toda la pintura francesa de la segunda mitad del XIX y de comienzos del XX ha ido a parar a colecciones y museos norteamericanos. Incluso ciudades relativamente pequeñas y provincianas, como Buffalo, tienen colecciones de arte moderno de primerísimo orden. La de Buffalo, por ejemplo, se debe en gran parte a donativos de Goodyear, una forma elegante utilizada por los millonarios americanos para aliviar la carga de sus impuestos. La riqueza de los museos significa únicamente, por lo tanto, riqueza económica. Pero los museos de este país no son fósiles polvorientos, y cuando visité la National Gallery de Washington me impresionó vivamente una lección sobre cubismo impartida por una maestra a sus alumnos entre siete y ocho años, ante unas telas de Braque. Esto es algo que mi generación no ha podido gozar en España, y es un evidente signo de civilización. En los museos de San Francisco se pueden admirar producciones de Chagall, Miró, Picasso, Munch, Picabia, Klee, Kandinsky, Moholy-Nagy, Rodin, etc. La mañana en que visité su Art Museum se estaba proyectando además en su auditorio *Tomando la montaña del tigre con estrategia*, un film-ópera producido en la República Popular China. Indiscutiblemente, la vitalidad cultural de San Francisco es producto de la original fecundación mutua de tres culturas muy distintas que tienen aquí su encrucijada: la anglosajona, la oriental y la hispánica.

La ciudad de San Francisco ocupa uno de los extremos de la bahía que durante la segunda guerra mundial fue centro neurálgico de comunicaciones militares en el Pacífico. La guerra contra el Japón se llevó, prácticamente, desde esta ciudad, y algunas de las instalaciones provisionales erigidas en aquella ocasión han acabado por convertirse en permanentes. De San Francisco parten dos puentes: el famosísimo Golden Gate, que conduce a Sausalito y a San Rafael, y el puente de Oakland, dos obras maestras de la ingeniería moder-

na. Y ante la ciudad se alzan dos islas bautizadas por Juan de Ayala, primer navegante que en 1775 entró en la bahía, con los nombres de Angel y de Alcatraz, esta última por la abundancia de alcatrazes (pelicanos) que poblaban su superficie. De los pelicanos ya no queda rastro, convertida la isla en fortificación militar en 1854 y en famoso presidio federal en 1934. Alcatraz ha albergado a huéspedes tan ilustres como Al Capone y Machine Gun Kelly, y Burt Lancaster, en *El hombre de Alcatraz*, y Lee Marvin, en *A quemarropa*, nos han ayudado a familiarizarnos con el lugar. Considerado como presidio «a prueba de fugas» y rodeado por aguas a cero grados centígrados y visitadas ocasionalmente por tiburones, Alcatraz ha conocido episodios heroicos de fugas desesperadas desde 1936. Se supone que todos estos intentos fracasaron y que los fugitivos desaparecidos fueron engullidos por el mar, exceptuando John Paul Scott, que en diciembre de 1962 fue encontrado exhausto, pero con vida, después de haber escapado y cruzado a nado las aguas de la bahía. En 1946 tuvo lugar la famosa «batalla de Alcatraz», un motín que fue acallado con morteros antitanques e infantes de Marina. Resulta ahora pintoresco evocar estos episodios, pero resulta menos pintoresco cuando se contempla en las guías turísticas de la isla el diseño de las «celas de tortura» del presidio, verdaderas cajas que obligaban al preso a estar en pie e inmóvil durante el tiempo que duraba su castigo, sin posibilidad de cambiar de posición. El presidio de Alcatraz ha sido ya abandonado y ahora los indios reclaman la isla que fue suya antes del genocidio étnico y cultural. Hace algunos meses desembarcaron en Alcatraz, acompañados por Jane Fonda, que es una mujer muy progresista y activa, pero la Infantería de Marina les expulsó, siguiendo la tradición de las relaciones entre ambas razas. Ahora se está negociando este asunto en Washington y parece que se organizará una reserva india en la isla, otra mancha más de ignominia en el tristísimo ocaso del antiguo cazador de las llanuras.

La Barbary Coast, nombre procedente de su barrio de burdeles, ha sufrido mutaciones importantes en los últimos diez años. Mis amigos de aquí son pesimistas acerca del futuro de San Francisco, que será devorado en pocos años por las macroestructuras de hormigón y de acero. Es este el destino de las ciudades industriales modernas que no parecen tener ante sí más que dos alternativas: la expansión, que conlleva nuevas estructuras urbanas,

o la degradación o extinción si se niegan a aceptar aquella expansión. Es este un dilema dramático en la vida de las ciudades, pero tan inevitable como lo fue la destrucción de la ciudad medieval con el desarrollo del industrialismo y del capitalismo. Nueva York parece señalar cuál será la senda de las futuras megalópolis, junglas de crimen y de polución, con las clases medias ubicadas en un vasto cinturón residencial, mientras en Manhattan no quedarán más que los centros comerciales y administrativos, la vida laboral, y los grandes «ghetos» de los desheredados de la Tierra, especialmente negros y portorriqueños. Esta situación de degradación humana en un país en el que la Biblia es el permanente primer «best-seller» no deja de resultar irónica. Pero San Francisco aún no ha alcanzado el punto crítico que Nueva York y Chicago han rebasado desde hace algunos años.

Pasearse por las calles de San Francisco o tomar el tranvía que surca sus empinadas calles es todavía un placer sin riesgos. Uno de los lugares más concurridos, desde la caída de la tarde, es el sector de Broadway, entre Battery y Powell Street, en donde se concentran los «night-clubs», el café Enrico (uno de los poquísimos cafés europeos, con terraza, de todo el país) y el bullicio nocturno. La permisividad moral del último lustro ha hecho que las bailarinas y «go-go girls», que hasta hace poco se exhibían *topless*, se exhiban ahora *topless* y *bottomless*, condición anunciada profusamente en letreros de las fachadas. Como ya no queda anatomía por desvelar, el paso siguiente debería ser la radiografía. Bastantes de estas «go-gos», que se exhiben desnudas en los podios de los bares, son muy jóvenes y bastantes de ellas son estudiantes que se ganan así, durante la tarde o la noche, algún dinero para costear sus estudios de Filosofía, de Medicina o de Derecho, pues la enseñanza universitaria es carísima en este país. Es un nuevo signo de los tiempos, aunque las radicales militantes de *Women's Liberation* condenen esta forma de mercantilización del cuerpo como explotación masculina de la mujer en una cultura masculina. En definitiva, sus puntos de vista vienen a coincidir, en este caso particular, con los puntos de vista de las ligas de buenas costumbres y de los puritanos de San Francisco, que han tratado en vano de evitar el paso del *topless* al *bottomless* y el florecimiento de la industria hedónica organizada en Broadway. Pero esta, ya se sabe, es una de las muchas contradicciones de la filosofía moral contemporánea. ■ R. G.